

“duela España”, y si les duele, no olviden que, de puro dolor de España, regimientos italianos y alemanes abundan ese dolor transformándolo en vergüenza de la parte de España que reniega de sus tradiciones y de sus destinos.

Y que por el literario “dolor de España”—en muchos casos sincero espejismo, confusionismo humanitario, pero no humano—no se preste aliento en Europa, Japón y Estados Unidos, al fascismo, y en América, en Indoamérica, a las bárbaras autocracias que, por tener algún contenido, hoy quisieran vestirse con alguna librea que no fuese la de sus apetitos de clan, la de sus pasiones subalternas y su voracidad doméstica.

Que nos duela el hombre. Y el hombre es angustia viva hoy. Porque, literatura aparte, vivimos el momento crucial en que una civilización no puede substituir por más tiempo. Una injusticia no puede sobrevivirse a sí misma. Nos enfrentamos a un mundo exhausto, a un hombre ávido de plenitud, pero huérfano. Que ambula sin saber por dónde, ni anhelando qué. Y ese hombre, sí, ese hombre duele; nos duele en lo más hondo de la entraña porque somos todos y uno y los demás y ninguno, con dolor de nadie y todos, dolor impersonal, dolor que quiere lenguas y brazos para expresarse y libertarse, en España, aquí, allá, en todas partes, por los mil medios y contra las mil formas como la actividad humana encauza su liberación y su exterminio.

Y España... Crucificada, entre las armas y los cementerios, pasto de ejércitos extranjeros y de glosadores teológicos que todavía la afrentan con su escolástica, sin mirar que la escolástica—deliberación y nominalismo excesivos—revientan ahora en sangre y dan la espantosa lección de lo inerte contra la vida que, antes que *Verbo*, fue siempre acción.

España está ahí, como un ejemplo. ¿De qué? Los que sentimos en carne propia el drama que es anticipo del nuestro, no podemos contemplarlo sólo para lamentarlo o proferir alaridos, por bien entonados que sean. Tenemos una misión más alta los hombres. Los profetas siempre fueron pocos, y sus cánticos, augurios y elegías no lograron torcer el rumbo de la historia que hacían los otros, los que lograron las oscuras masas creadoras. Nosotros pertenecemos a éstas. Y nuestra preocupación mide la tarea realizada y la por cumplir, mirándose en el espejo de España, tremenda objetivación de nuestros vicios y virtudes.

Aquí, en América, hay gentes “con dolor de España” que todavía reciben alborozados a los que *paqueaban* desde las casas madrileñas al pueblo heroico y, luego, se auparon en las legaciones defendiendo la vida de cualquier modo. Para, luego, lucir baladronada y floñez por estas tierras, ayer de conquista, hoy pares. Y esas gentes, de tan singular dolor de España, no reparan en que así están fomentando otro dolor más cercano, en que su sordera crea otra tragedia más inmediata.

y en que el mundo americano madura para el drama en virtud de la sordera de estos compasivos de lo que no pueden remediar, pero ciegos para lo que está ante sus ojos.

Formemos, señores del dolor de España, una liga para evitar el dolor al hombre. Y entre los hombres, están los españoles. No parceleemos nuestra piedad, ni nuestro voceado dolor. Que nos duela hasta los tuétanos la injusticia y la opresión, y entonces veremos cómo se nos aclara la perspectiva y no volvemos a proferir gritos de comparsas de ópera bufa ante un drama que pide Esquilo y no Verdi, Shakespeare y no Muñoz Seca. Acrisolemos este dolor con lo que hay de más perdurable en el hombre, la lealtad—lealtad para con los demás y para con nosotros, para con hombres y principios—y entonces no tendremos duda sobre el puesto que nos corresponde en la lucha del mundo. Porque si nos duele España, y somos aliados de autocracias, oligarquías e imperialismos, es que, en realidad, somos reaccionarios y tardígrados embozados, y lo único que nos duele es la vigencia de la repelió salvadora en el fondo del hombre limpio y consciente, allá en España ante la muerte del campo de batalla, aquí en Indoamérica, frente a la muerte en la celda oscura y en la persecución taimada e incesante.

Midamos nuestro dolor de España, con nuestro dolor de hombres. Será homenaje a España y a nosotros mismos. Y, por sobre todas las cosas, una concepción armónica, total y definitiva de un malestar que llega ya a su clímax, que no puede seguir sin estallar, sin poner en descubier-to, a sol y podre, esta llaga viva que nos quema y sobrecoge, invitándonos a la salvación o a la muerte.

De *Repertorio Americano*. Costa Rica.

Bernard Shaw en Casa

Por G. O. CALMON

...¿V A usted a entrevistar a Bernard Shaw?

Estamos reunidos en rededor de una mesa, sobre la que las llamas arrojan fulgores trémulos.

—Bien lo quisiera, pero no ha contestado mi carta. M. Kyllmann, el simpático director de *Constable*, editor de Shaw, que es quien acaba de plantearme esa pregunta, me asegura que sí podrá ver a Shaw.

He aquí la carta recibida tres días después:

“Bernard Shaw se ve precisado a recordar a los corresponsales que desean obtener una entrevista para publicarla, que él mismo es periodista de profesión, y que prefiere siempre comunicarse directamente por la prensa con el mundo.

“Shaw contesta gustosamente, si dispone de tiempo, a toda pregunta escrita. cuando ésta pre-

senta un interés de actualidad y puede ser contestada en veinte palabras y, mejor todavía, en menos. No recibe visitas personales, a menos de que se acepte que la entrevista no será publicada.

“¿Querria usted ser tan amable de leer esto con todo cuidado, antes de que llegue yo a acordar a usted una cita?”

Bernard Shaw”.

Contesté desde luego.—Nuevo silencio.

El viernes por la tarde, ni una palabra todavía; y yo sabía que Bernard Shaw, como todo buen inglés, sale de Londres, a fin de semana.

Pero no se puede negar que la suerte existe: el mismo viernes dió la casualidad que encontrase yo de nuevo a M. Kyllmann.

—¿Y... Shaw?

—Nada, hasta ahora.

Entonces M. Kyllmann toma el audifono... y —“Allo, Shaw”.

Bernard Shaw:—Pero “my god”, ¿qué quiere esa chica?, ¿qué puede querer de mí? Yo estoy ya muy viejo. “Go to hell” (idos al diablo). ¡Oh, no, no!, que no vaya tan lejos todavía: que venga aquí mañana, antes de medio día”.

Y sonaban las once en San Pablo cuando llegué a su puerta. Por fin iba a verle. Una criada morena me introduce y desaparece. Y aquí está Shaw. Helo aquí que viene a mi encuentro, en el cuarto lleno de libros. ¿81 años? No. No puede ser cierto. Es un hombre de 60 años. Hay en su persona, en su rostro, una amabilidad, una dulzura que desorientan. ¿Es este el ilustre escritor de *Pygmalion*, de *Hombre y Superhombre*, de *Santa Juana*, etc., el autor a quien han hecho célebre las representaciones de sus obras y las constantes traducciones que circulan en el mundo entero, sin hablar de esos millares de frases que forman ya parte de su leyenda?

Es todo un gentilhombre, a quien sentaría admirablemente un manto de armiño y de rojo terciopelo. Sonríe. Me tiende su mano benévola.

Y quien vea a Bernard Shaw “así”, retendrá en su memoria, ya siempre, la imagen de un hombre de mármol con dos anchos ojos claros.

Ni la menor brusquedad, ni la más leve ironía. Estoy, realmente desconcertada.

Se ha quedado mirándome. Este hijo del pueblo que ha visto desde tempranísima hora lo mejor y lo peor de las cosas, que ha medido la importancia de la vida humana, que ha sondeado sus posibilidades y sus límites, ved cómo ha traído de todas sus experiencias una gran serenidad. Sus ojos, bajo la frente marmórea, son como dos flores enpañadas por la lluvia, dos anchos ojos claros que el amor a la vida ilumina y dilata. ¡Y cuántas imágenes detrás de estos ojos!...

Me he quedado mirando esa cabeza de cabellos blancos que se apoya contra el verde oscuro de los libros; esa mano marfilina que juega con una bola de vidrio 1830; esa barba de nieve...

Ochenta y un años. La vida galopa para él. Pero ese sentido de la identidad, esa consciencia de su persona que nunca le ha faltado, se halla en él todavía, sólidamente. Declina su vida, mas su tesoro se halla intacto. ¡Qué bella organización humana! Pienso en las mujeres que estuvieron prestas a acordarle todo a este hombre cuyo espíritu transforma todo cuanto existe, y que deja intocado todo si así dejarlo quiere. A Isadora Duncan, que deseaba tener un hijo con él, y que le escribe: “¡Pensad cuán bello sería, cuán inteligente! Bernard Shaw le contesta: Pero señora, ¿habéis pensado, pensado tranquilamente qué catástrofe si ese hijo tuviese mi belleza y vuestra inteligencia?”

Me habla Shaw:

—Y bien, señorita, ¿qué vais a preguntarme? ¿Cuáles, pues, serán esas tres preguntas?

—¿Qué pensáis de la juventud actual?—inquiero. La juventud se halla aquí como en Francia, ávida de respuestas, cansada de preguntas.

Silencio. Bernard Shaw juega con una plegadera. Sonríe, sin sonreír.

Podéis continuar, me contesta.

—¿Creeis que la sociedad, tendiendo a una creciente complejidad, camine—por ese mismo hecho—a una fragilidad mayor y, en consecuencia, a una catástrofe?

Otra vez silencio. Y la misma enigmática sonrisa.

—¿Qué pensáis del duque de Windsor, vos que habéis llevado el amor por la independencia hasta sus límites extremos?

Por un momento, Shaw permanece hundido en sus meditaciones, después habla:

Su voz es grave, casi opaca, extraordinariamente rápida, extraordinariamente joven; todo se atenúa en él, salvo los ojos. Se diría que éstos arden entonces con la irradiación de una lámpara interior.

—Vos sois joven, demasiado joven, dice. Dejádme, pues, daros un consejo. Es necesario aprender a plantear sus preguntas, es cosa importantísima. Las preguntas son más interesantes que las respuestas. ¿No os habéis dado cuenta de que éstas, por lo general... no cuentan? Conviene plantear siempre preguntas que puedan contestarse desde luego. Y yo necesitaría diez meses de trabajo y pensar en ello día con día, para contestar a las vuestras. Interrogar con preguntas interesantes, inteligentes, es casi siempre inútil.

Bromeo un poco:

—¿Me aplazáis entonces para dentro de diez meses, a esta misma hora?

Nuevamente silencio.

—Por cuanto al duque de Windsor—continúa Shaw—, es muy interesante lo que ha hecho. Nuestra época nos muestra que los prejuicios se hallan mortalmente afectados. El duque ha sabido lo que hace. Tiene todas mis simpatías. Ni por veinte millones quisiera yo ser rey. Hacer cada

día la misma cosa. Oír cada día las mismas palabras. Y oírlas de las mismas voces, y oír las mismas voces diciendo cosas idénticas. ¡Es horrible! ¡Horrible! Yo he encontrado a la señora Simpson; es una mujer "muy bien". La primera vez que la vi, la tomé por la mujer de uno de nuestros arzobispos. ¿No es esto decir bastante?... Pero recordad, señorita, que todo lo que vamos diciendo ha de quedarse aquí en este cuarto.

* * *

La mañana era de una admirable belleza. Bernard Shaw me hizo salir a la terraza de su vasto gabinete de trabajo. Se había quedado mirando ese paisaje urbano. Allí está el Támesis, despierto desde temprana hora, nunca adormecido, trabajando siempre; con sus embarcaciones de toda especie.

Toda belleza es, a esta hora, función de sol. Y mientras el sol va elevándose, todas las cúpulas, todas las cornisas, las flechas y torrecillas de Londres levantan también su grisura negruzca sobre los irregulares espacios de cielo: de azul pálido, de intenso azul, de azul mezclado con rojo, de azul brillante de plata.

Inmóvil, cerca de una de las dos columnas de piedra que a más de veinte metros de altura sostiene esta terraza (Bernard Shaw habita en un cuarto piso) aspira él ligeramente este aire tibio y dorado de sol. Y durante un largo rato se queda como silabeando con la mirada lo que se extiende bajo sus ojos; comienza luego a describirme el Londres que se presenta a su vista.

"Aquí—dice—, designando una cúpula gris con uno de esos gestos suaves de que él guarda el secreto, . . . San Pablo. Es lástima que este árbol no esté todavía sin hojas, veríais cómo esa Catedral se halla allí muy en su sitio. Allá, aquel macizo bloque, son las edificaciones de la Torre. Me encanta ese puente. Me encanta su color de pizarra. Y allá, no muy lejos, bastante lejos sin embargo, está Francia.

Bernard Shaw me invita después a recorrer su casa. Aquí, en el hall, un busto de Rodin y porcelanas de China que alegran los muros. Allí, en el salón circular, entre bellísimos muebles del siglo XIV, un busto de mármol blanco: es Bernard Shaw. En una vitrina, piezas de la dinastía Tangs, Bernard Shaw asegura que son copias, pues—añade—"las imitaciones están siempre mejor que lo auténtico". Un retrato de Einstein y algunas telas más de la escuela inglesa.

Se ha acabado esta visita, me dice.

Yo le pregunto entonces:

—¿Cuándo iréis a París? Esperamos que presentaréis personalmente *Cándida* al público francés.

—Oh, bien sabéis—me contesta—: yo nunca vuelvo a ver una de mis obras teatrales, ni releo

nunca ninguno de mis libros. Es el pasado. Sólo cuenta lo que se hace en el presente. Y, en verdad, ¿cuál es, decidme, el asunto de *Cándida*?

De *Les Nouvelles Littéraires*. Paris.

Cuando yo era Alumno del Profesor Masaryk

Por EDUARDO BENES

Eduardo Benes, nacido en Kolzeny en 1884, es la personalidad más destacada de Checoeslovaquia. Dieciocho años ocupó sin interrupción el cargo de Ministro de Relaciones Exteriores, hasta que en 1935, por renuncia voluntaria de Masaryk, fué elegido Presidente de la República. Su labor en la política continental ha sido descollante, colaborando intensamente en el acercamiento de las naciones centroeuropeas.

EL día en que se estudie la influencia de Masaryk sobre la joven generación que él instruyó en el tiempo en que enseñaba, y también su actividad general en la vida checa, se podrá comprobar que señaló a estos jóvenes una infinidad de problemas nuevos, que les enseñó a encarar la vida bajo aspectos siempre nuevos, y que les amplió inmensurablemente su horizonte, enseñándoles la visión de mundos hasta entonces desconocidos.

Sin embargo, no es éste el tema que yo intento tratar en este artículo. Prefiero mostrar cómo procedía Masaryk y qué impresión he conservado al recordar los tiempos en que comenzaba a seguir sus cursos y a sentir su influencia. Por otra parte, son impresiones completamente personales, pero creo que permiten caracterizar toda la obra de Masaryk en un aspecto particular, y que explican lo que puede parecer enigmático en nuestra vida pública y nacional.

Instintivamente contra las ideas de Masaryk

Cuando entré en la sala del curso, yo ya sabía algo de las opiniones y de las ideas de Masaryk. Era poco sentimental y tenía más inclinación hacia el nacionalismo y el materialismo; por la educación anticlerical que me había dado, me había creado un prejuicio antirreligioso; las circunstancias materiales que habían rodeado mi vida de estudiante me empujaron hacia el socialismo. Estaba,